

si el análisis parte de las mismas bases científicas. Un psicoanalista (masculino o femenino) trabaja igual con hombres que con mujeres. Galdós, con su profunda intuición psicoanalítica, pudo conocer, mejor que algunas mujeres, el temperamento femenino. Los caracteres creados, por ejemplo, por Emilia Pardo Bazán, gran escritora y contemporánea suya, me parecen muy inferiores y menos convincentes que los de Don Benito. ¿No podemos, nosotras las mujeres, penetrar en la psicología masculina? ¿Podrían entenderla mejor los hombres? En mi opinión, el análisis del ser humano es una tarea que no tiene por qué limitarse al sexo, ni el sexo tiene por qué comprender mejor a uno u otro grupo.

Galdós aborda en *Fortunata y Jacinta* el grave problema de la marginación de las mujeres en el siglo XIX, como observa atinadamente Vilarós. Pero no es tan ingenuo como para “descubrir” una situación ya bien reconocida desde mucho tiempo antes por algunos sectores. La autora revela el fracaso de un personaje femenino, Isabel Cordero, madre de Jacinta, así como el de Jacinta (pp. 28-29). Pero, finalmente, todas las mujeres de la obra fracasan. Fracasan por causas sociales y por carencia de recursos internos (a causa de deficiencias sociales también).

Pero este fracaso es desde nuestro punto de vista actual; para la sociedad decimonónica hay varias triunfadoras en nuestra novela. Vilarós señala a Barbarita, doña Lupe, Guillermina Pacheco y Mauricia como mujeres con características masculinas (p. 146). No hay duda de que Mauricia las tiene, pero no las otras. Son mujeres que logran el éxito en su tiempo, que tienen unos fines y que los alcanzan, lo cual no tiene por qué ser masculino. A este grupo yo añadiría a Isabel Cordero, madre de innumerables *hijas*, lacra social en el siglo XIX, de la cual se salva logrando “acomodo” para todas. No es, en este sentido, una “mujer-vegetal, una mujer-ganado, una mujer-gallina” (p. 33). Es “ella y no su marido... la encargada de sacar el dinero de debajo de las piedras, de arreglar los asuntos comerciales de su marido... y de encargarse de la economía familiar” (p. 32). (¿Sería esto una mujer-vegetal?) Tampoco hay que dejar de lado una situación real en la sociedad española: el matriarcado, de larga tradición, donde la figura materna (fálica o no) se ha impuesto en la organización familiar. Como bien señala la autora, Galdós “toma ciertos elementos de la realidad social exterior” (p. 4).

Caracterizar a esas mujeres activas como masculinas sería negarles el valor que supone imponerse a su circunstancia. Frente a Jacinta, pasiva, “desprovista” y vacía por el hecho de no ser madre (p. 10), las otras logran un lugar en la sociedad a la que se imponen y tal vez dominan. Calificarlas por ello de masculinas recuerda la oposición de los hombres a que una mujer sobresalga y no cumpla “con su destino”, y al castigo merecido —el sobrenombre de “virilizadas”. Jacinta busca desesperadamente un hijo, que es el que le concederá un lugar en su sociedad, pero no hay que olvidar que la maternidad es también un instinto (como lo es claramente en *Fortunata*) y, “esa búsqueda desesperada e histérica del

La única respuesta está implícita, creo, en el mismo texto de Villanueva. Quien ha leído a Quevedo no puede olvidar el soneto “Desde la Torre” ni muchos otros versos suyos del mismo tono melancólico o desengañado (así los califica Borges). Quien no lo ha leído —como no tuvieron que hacerlo Sallenave, McLuhan, Gadamer para elaborar sus teorías o coincidir con él— participa, también con él, de ideas e inquietudes universales y milenarias.

MARTHA ELENA VENIER  
El Colegio de México

TERESA M. VILARÓS, *Galdós: invención de la mujer y poética de la sexualidad. Lectura parcial de “Fortunata y Jacinta”*. Siglo XXI España, Madrid, 1995; 174 pp.

Este libro está formado por un prólogo, una introducción, más seis ensayos, tres de ellos editados en diferentes publicaciones de Estados Unidos (p. xv), y una conclusión.

Ya en el prólogo la autora delimita claramente su posición: “Mi lectura de la novela es y quiere ser abiertamente partidaria” (p. ix). Posición que se afianza y se precisa más en la conclusión: “he pretendido que este estudio refleje una lectura desde y de la mujer en busca de una voz de mujer debida a la voz de un hombre” (p. 163).

Ahora bien, yo encuentro que —en general— las nuevas formas de crítica literaria (semiótica, feminista, estructural, etc.) presentan un problema básico que se deriva de perder de vista el fin que toda crítica debe pretender: acercar nuestra inteligencia a la obra literaria y a su génesis (no son palabras mías, sino de Ch. Mauron). El gran armazón, las circunvoluciones, las idas y venidas sobre un detalle “clave”, no son muchas veces sino una especie de juego dialéctico, en el que el crítico se entretiene, pero que no suele dar, como dice Freud en su *Introducción al psicoanálisis*, “la palabra decisiva sobre toda las cuestiones que conciernen a la vida imaginaria de los hombres”.

De esta manera, *Galdós: invención de la mujer*, a pesar de su cuidadoso estudio de pequeños detalles y de sus interpretaciones de los personajes, no aporta grandes novedades sobre *Fortunata y Jacinta*, una obra que, a pesar de haber sido bien estudiada, todavía tiene muchos rincones recónditos y muchas cuestiones que investigar. Sin embargo, fruto de una observación fina y atenta será el descubrimiento de algunas facetas de Mauricia la Dura, su trabajo de Celestina, su actividad de corredora de telas y mantones que, metafóricamente, parece establecer un tejido entre *Fortunata y Jacinta*.

¿Por qué una lectura desde la mujer? La visión crítica femenina no tiene necesariamente que diferir de la de un hombre: pueden coincidir

hijo” (p. 10) responde también a las necesidades instintivas de la mujer, de ahí que dicha necesidad sea doble.

La autora se pregunta, en la p. 2 de la Introducción, por qué tres personajes excelentemente conseguidos por Galdós, como Fortunata, Isidora y Tristana “son tan duramente castigadas, desapropiadas y desautorizadas en sus objetivos” por su autor. Yo creo que la respuesta a ese interrogante es la misma respuesta a muchos de los cuestionamientos que se hacen en el libro reseñado: no es Galdós quien castiga. Él solamente muestra la obra de la sociedad, y creo que ahí está la clave del asunto y su crítica —feroz— a esa sociedad. Lo que él hace es “señalar” lo que un estado bien establecido puede hacer con un ser humano. De ahí su sutil pero tajante censura a un estado de cosas que pocos eran capaces de ver entonces. La crueldad del destino de esas mujeres es la forma más cruda con que Galdós pone al desnudo la insostenible posición femenina.

Vilarós no estudia frontalmente la figura de Juanito Santa Cruz; sólo en lo que se refiere a su relación con Fortunata; lo define como “avaro y tacaño”, minucioso y pedante, ordenado y quisquilloso (p. 122). Todo ello cierto, y todo ello incluido en su denominación de “don Juanito” que Galdós le ha atribuido desde el principio y que Vilarós puntualiza en la p. 125. Sin embargo, los calificativos de “destructor y peligroso para sus víctimas” me parecen inmerecidos. Juanito no “consume a Fortunata” (p. 99), ni tampoco a Jacinta, quien termina por despreciarlo —estaría, en su mediocridad, incapacitado para ello— (la propia autora afirma en la p. 134 que los asesinos de Fortunata son la usura y la avaricia masculinas). Pero, en realidad, es consumida por ella misma, por su medio, por la sociedad, factores mucho más consistentes que un homúnculo limitado por un complejo de Edipo asfixiante, una educación deplorable y una sociedad atrofiante, que nunca le han permitido madurar. De ahí que su resaltada terquedad (p. 123) sea resultado de su neurosis.

Algunas de las interpretaciones expuestas, aunque ingeniosas, parecen un tanto extremadas, y por ello resulta difícil aceptarlas. Por ejemplo, Vilarós ve la costura y el tejido de las mujeres como técnicas defectuosas para ocultar la castración original y la ausencia fálica (p. 30, me parece necesario plantear esas cuestiones en su época y no con mentalidad actual). Si fuera posible aceptarlas, habría que tener en cuenta que “Fortunata, en lugar de coser prefiere fregar y limpiar” (p. 67)<sup>1</sup>.

También es algo extremo interpretar el interior de la casa de la Cava 11, como el claustro materno, para Juanito Santa Cruz. El simbolismo de los colores en el rostro mortuorio de Fortunata, son “el blanco del papel, el negro de la tinta y el rojo de la firma” (como la firma no tiene por qué ser roja, se interpreta como “el lacrado que autoriza el mensaje librado”, p. 88). Y así, “Fortunata muestra, revela, la firma masculina, la escritura-vampiro que se apodera del hijo y deja fuera a la madre” (p. 89). Fortu-

<sup>1</sup> Recuérdese el significado de la palabra ‘fregar’ en muchos países de América.

nata es vista como un regalo sobre el que todos se arrojan vorazmente “y el resultado, para todos ellos es el de una fatal indigestión” (p. 100). El viaje de novios de Juanito y Jacinta en tren, atravesando túneles, es “el viaje por el canal vaginal hacia la luz” (p. 104). Guillermina y Mauricia se presentan como “santa y demonio, virgen y celestina” (p. 135), lo divino y lo demoníaco. (No creo que ésta fuera, ni mucho menos, la intención de Galdós al crear las dos figuras. Algunos de los últimos estudios hechos sobre Guillermina evidencian la ironía de Galdós ante su supuesta santidad. Tampoco Mauricia sería nunca el paradigma de la maldad, sino otra consecuencia de las tensiones sociales.) El viril de la custodia equivale a la placenta, como habitáculo del hijo (podría ser también del padre o del Espíritu Santo), etcétera, etcétera.

Algunos intentos por acercarse a la figura de Fortunata, siempre difícil de interpretar y de definir, son erróneos. Por ejemplo, la posibilidad de que por no tener padres carezca de complejo de Edipo y de super-yo (p. 140). “Hoy se sabe que un Edipo puede muy bien constituirse aunque el padre no esté”<sup>2</sup>. El super-yo de Fortunata es ciertamente mínimo, en comparación con las otras instancias; no hay duda de que el ello prevalece y las domina. De ahí la primacía de los instintos sobre la razón, uno de sus encantos, muy del gusto, por cierto, de Galdós. Pero este ello, el inconsciente de Fortunata, no puede haberse generado por “la voluntad masculina” (p. 142) ya que, no es preciso repetirlo, son instancias que se constituyen cuando el ser humano nace. El yo, el ello y el super-yo, fundamentos de la psique humana, no pueden estar representados por agentes externos, y de esta manera, Mauricia no podría ser el ello de Fortunata, ni Guillermina el super-yo, que “tienen atrapada a una Fortunata en busca de una identidad, de un yo” (p. 149).

*Galdós: invención de la mujer* no trata de ser un análisis psicoanalítico de *Fortunata y Jacinta*. Emplea y utiliza elementos de la teoría de Freud y Lacan como forma de explicar algunos de los comportamientos y actitudes de los personajes de la novela, especialmente de los femeninos. En ese sentido se debería haber tenido más cuidado en reproducir bien los conceptos de esos escritores, ya que se incurre en algunos errores importantes. Señalaré sólo algunos de los más sobresalientes. En la p. 139 se afirma: “Freud nos dice que el superyó representa la característica más importante tanto del individuo como de la especie humana” (por supuesto, sin citar cuándo, ni dónde). Además de no ser una “característica”, el super-yo es la tercera instancia que se constituye en el ser humano, como una parte del yo<sup>3</sup>, nunca la más importante.

Se supone también que Fortunata “no podrá adquirir, lógicamente, un yo femenino”, y que “el yo es representación masculina” (p. 156), afir-

<sup>2</sup> JACQUES LACAN, *Las formaciones del inconsciente*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1979, p. 85.

<sup>3</sup> “Una diferenciación a la que damos el nombre de *super-yo*”, SIGMUND FREUD, *El “yo” y el “ello”*, *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, t. 3, p. 2710.

mación falsa, ya que ni el ello, ni el yo, ni el super-yo tienen sexo alguno (Cf. *El "yo" y el "ello"*, pp. 2704-2710), además de que hasta la pubertad no aparece ni siquiera "una definida diferenciación entre el carácter masculino y el femenino"<sup>4</sup>.

Las alegres suposiciones de que Mauricia es el ello de Fortunata y Guillermina su super-yo (p. 148) son inadmisibles. Los términos pertenecen a la psicología profunda y ningún elemento externo lo puede representar.

Afirmar que "el hijo es lo que determina la feminidad de la mujer en sentido freudiano" (p. 19) tampoco se ajusta a lo que el sabio dijo<sup>5</sup>. Ni puede decirse que "Freud sostiene siempre que la libido es siempre masculina" (p. 163), cuando su afirmación es bien clara: "No hay más que una libido que es puesta al servicio de la función masculina como de la femenina" ("La feminidad", pp. 3175-3176). Hablar de "una pulsión de construcción" y "una pulsión de destrucción" (p. 5) puede ser interesante pero se sale de las teorías psicoanalíticas, e inclusive de los cambios que Freud estableció a partir de 1920, donde corrigió él mismo su propia teoría.

No es mi intención seguir señalando errores en relación con la teoría psicoanalítica. Ni mostrar una postura rígida. Cada individuo está capacitado para desarrollar sus propias teorías, siempre que no se las adjudique a alguna bien fundamentada ya, que por ello no puede modificarse al capricho de sus intérpretes.

PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE

Universidad Nacional Autónoma de México

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ, y CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL, *La literatura mexicana del siglo xx*. Pres. de R. Tovar y de Teresa. C.N.C.A., México, 1995; 283 pp.

Revisiones panorámicas como *La literatura mexicana del siglo xx*, por José Luis Martínez (1918) y Christopher Domínguez Michael (1962), tienen entre sus más visibles propósitos organizar una historia literaria y cultural, esclarecer puntos de vista y acrecentar un pasado; también buscan precisar el lugar (en el sentido de valoración) que ocupan autores, obras, corrientes y estilos, identificar hilos conductores de una tradición, y for-

<sup>4</sup> S. FREUD, *Tres ensayos para una teoría sexual*, *Obras completas*, t. 2, p. 1223.

<sup>5</sup> "La madre puede transferir sobre el hijo la ambición que ella tuvo que reprimir y esperar de él la satisfacción de todo aquello que de su complejo de masculinidad queda aún en ella", "La feminidad", *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, *Obras completas*, t. 3, p. 3177.